

casa, y yo daré providencia en favor tuyo." Insistió la viuda por varias veces, manifestando cuánto temia el extremado furor de sus parientes; pero otras tantas David le prometió su proteccion, y hasta confirmó su palabra con juramento, diciéndole por último: «Vive Dios que no caerá en tierra ni un cabello de tu hijo." Entónces repuso la mujer: «¿Cómo, pues, has pensado negar á todo un pueblo la gracia que me concedes, y cómo el rey persiste en la funesta resolucion de no llamar á su hijo desterrado? Todos nos vamos muriendo y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual no vuelve á parecer. No quiere Dios que una sola alma perezca; ántes bien, se inclina á revocar sus decretos para que el condenado ó abatido no se pierda enteramente." Sospechó David y se convenció despues, que Joab era el autor de este inocente ardid; pero como su corazon de padre gustaba de la moral de aquel apólogo, se dejó prender voluntariamente en el lazo, y dijo á Joab: «Concedo la gracia que me pides: mi corazon perdona: anda, pues, y haz volver á mi hijo Absalon."

Joab, despues de haber dado al rey las mas vivas gracias, prostrado en tierra, fué á encontrar á Absalon en su retiro de Gessar, y le condujo sin tardanza á Jerusalem. Pero el proscrito no debía acercarse al palacio en donde no queria recibirle su padre. Mas él era de aquellos caracteres llenos de una inquieta independencia, que sufren mas por lo que se les prohíbe de lo que disfrutan por lo que se les concede. Además, vivia tal vez bajo el dominio de miras ambiciosas, á las que obedeció despues con una tenacidad tan criminal como desgraciada. Sea como fuere, irritóse por su larga desgracia, y trató de ponerle término. Mandó llamar á Joab con el designio de hacerle intervenir acerca del rey, pero Joab no compareció, temiendo sin duda que aquel paso no fuese mal interpretado, y no comprometiese el favor de que gozaba, y á dos invitaciones urgentes, opuso dos respuestas evasivas. Entónces el fogoso Absalon hizo incendiar las mieses de Joab, á fin de arrancarle de su calculado silencio. En efecto, sorprendido de tan caprichosa violencia Joab, vino á quejarse con el culpable, pero se

vió obligado á ceder á las resueltas exigencias del jóven príncipe, y disimular sus fogosos trasportes por haber resistido á sus súplicas. «Mandé llamarte, le dijo Absalon, rogándote que vinieras para que dijese de mi parte al rey: ¿A qué fin he vuelto de Gessar? para esto mejor me era permanecer allí. Alcánzame, pues, la gracia de que pueda ver la cara del rey, el cual, si aun se acuerda de mi delito, que me quite la vida." Joab entónces dió cuenta al rey de todo lo que habia pasado, y negoció la reconciliacion definitiva de su extraño amigo. Absalon, pues, fué presentado á David, y arrojándose á sus piés, le adoró en señal de respeto: las entrañas del padre se conmovieron, y abrazó á su hijo con ternura, pues ninguna voz habla con mas energía y elocuencia, que la voz de la sangre: al través de las faltas de un hijo, los padres perciben no sé qué dulce y misteriosa imágen que les impone, y que hace huir el enojo de sus lábios para traer á ellos el perdon.

Apénas la falta de Absalon quedó cubierta con una generosa clemencia, cuando este mal aconsejado príncipe se aprovechó de todas las ventajas que habia conseguido para abrirse rápidamente el camino del trono. Para hacer servir á su ambicion poseia cualidades seductoras: una afluencia embelesante, maneras abiertas y afectuosas, y sobre todo, una belleza incomparable. Ninguno le igualaba en gallardía y gracia personal; conservaba con el mayor cuidado su magnífica cabellera, y, segun la expresion de los libros santos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no habia en él el menor defecto. Con tan perfecto exterior, sus veinticinco años esparcian por su derredor un prestigio y un atractivo irresistibles; pues de la belleza, cuando va acompañada de la juventud, se desprende una especie de virtud mágica que impone el respeto é inclina á una afectuosa obediencia. Todas estas ventajas no podian ménos que convertirse en poderosos instrumentos de desórden, si Absalon se dejaba llevar de la apasionada impetuosidad de su carácter. Y esto fué lo que sucedió puntualmente.

Sin duda que con la idea de sus borrascosos precedentes, temia no alcanzar la corona que le parecia naturalmente devuelta por

la muerte de sus hermanos mayores: y tal vez tardaba á su ardiente impaciencia el tomar y ejercer el mando. Conspiró, pues, para la caída de su padre: procuróse partidarios, afectó parecer rodeado de caballeros y de guardias, se lamentó de la injuria del poder y de los sufrimientos del pueblo, prometiendo corregir los abusos si llegaba un día á reinar. Desde el tiempo de Absalon esta ha sido siempre la senda trillada de los ambiciosos para escalar el poder. Lamentarse de los abusos presentes, de los padecimientos del pueblo, prometer ventajas para el porvenir, y engalanar con sueños de felicidad las mas lisonjeras esperanzas, tal ha sido el lenguaje de los que ódian el poder en los otros, anhelando revestirse de él á sí mismos. Todas las mañanas se le veia en las puertas de la ciudad en donde se administraba la justicia; y allí se informaba con afectada solicitud del negocio que á cada uno conducia á ver al rey. «¿De dónde eres?» preguntaba á cada uno.—«De tal tribu de Israel es tu servidor».—«Tus pretensiones me parecen razonables y justas: la lástima es que el rey á nadie ha delegado para oírte. ¡Oh! ¡quién me constituyese juez de este país, para que viniesen á mí todos los que tienen negocios, y yo les hiciese justicia!» Tendia despues la mano á su interlocutor, y le daba un abrazo con la mayor familiaridad. De este modo lograba que los corazones de todos, desasiéndose de David, se le atrajesen á él. Porque el pueblo, casi siempre enemigo de los que le gobiernan, es siempre amigo de los que le adulan; nada vé de lo presente sino los sufrimientos que padece, y de lo que ha de venir no atiende, sino á las felicidades que se le prometen, abusando de su fuerza y dejándose engañar, sacrifica lo que es á lo que quiere ser; y dejando la tierra firme de realidades tolerables, se embarca, sobre la fé de los ambiciosos, en esperanzas imposibles.

So pretexto de cumplir con un deber religioso, ó sea ciertos votos que habia hecho en Gessarsi el Señor le restituia á Jerusalem, pasó Absalon á la ciudad de Hebron, en donde David habia dado comienzo á su tan turbulento reinado, y se habia mantenido muchos años contra Saul. El rebelde llevó consigo solamente dos-

cientos hombres, que no se hallaban en el complot, sino que le habian seguido con la mayor sencillez sin saber nada de sus designios. Mas envió emisarios á todas las tribus de Israel, que preparasen las vias á su advenimiento, y que debian en el dia convenido hacerle reconocer universalmente por rey. Hizo venir asimismo á Aquitofel, consejero de David de su ciudad de Gilo, abuelo de Bethsabé, y de quien se dice no haber nunca perdonado á David el ultraje cometido contra su nieto. Era hombre resuelto, y que valia él solo por una asamblea de sábios. Al tiempo, pues, en que se estaban inmoldando las víctimas, formábase una récia conjuración como una terrible tormenta se forma con rapidez en la region de las tempestades, é iba creciendo á cada instante el número de los que acudian de tropel al partido de Absalon. En medio de aquella fiesta religiosa que habia atraído una multitud innumerable, los conjurados proclamaron por rey á Absalon, y el pueblo, como suele suceder con todo lo que es nuevo, acogió este cambio con entusiasmo. De todas partes llegaban correos, anunciando á David la defección de Israel. David empero, á quien la conciencia de sus faltas y la sinceridad de su arrepentimiento tenian humildemente postrado bajo la mano de Dios, se acordó de las amenazas de Nathan, y conoció que la celeste venganza pesaba sobre él en aquellos momentos. Y además, no ignorando el carácter violento y arrebataador de Absalon, no quiso precipitar el país en los horrores de una guerra civil, y excitar la cólera salvaje de un parricida por medio de una resistencia, cuyos resultados era imposible calcular entónces, pues solo mas tarde y acosado de un peligro mucho mayor, fué cuando tomó otra resolución. Salió, pues, de Jerusalem á pié, seguido de sus fieles servidores y de seis-cientos valientes, que eran ya desde muchos años sus compañeros de armas. Pasó el torrente de Cedron y ganó la montaña de las Olivas, llenos los ojos de lágrimas, los piés desnutidos, cubierta la cabeza en señal de luto, y todos los que con él huian, caminaban igualmente con la cabeza velada y derramando lágrimas. Este mismo camino tomó mas tarde otro príncipe, hijo de David, segun-

la carne, cuando cercano á dar su vida por la salud del mundo, iba á sufrir en el Gethsemaní aquella amarga agonía, en la cual viendo pasar por delante de sus ojos los crímenes y las desgracias de todos los siglos, quedó penetrado por tan penetrantes angustias, que un sudor de sangre cubrió todos sus miembros. Y aun en el día este camino se abre donde quiera á los piés del hombre, otro monarca de dolor, que desde la cuna al sepulcro atraviesa el largo torrente de tribulaciones buscando la paz, y arranca de su alma, grande y despedazada, aquellos gritos de angustia y aquellos lamentables sollozos que hacen llorar á la historia.

David entretanto, en medio de su desconsolada posicion, no dejó de encontrar muestras de fidelidad en muchos de los suyos, muestras que dadas en la desgracia y con una espontaneidad generosa, llenan de consuelo el corazon del perseguido. Hasta el extranjero Ethai quiso seguirle á todo trance. Acompañóle tambien el sumo sacerdote y todos los levitas que llevaban el Arca del testamento, como para poner la fuga del angustiado monarca bajo la proteccion del cielo. Pero dijo el rey á Sadoc, el sumo sacerdote: «Vuelve á llevar á la ciudad el Arca de Dios, que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, Él me volverá aquí y me dejará ver otra vez su Arca y su tabernáculo. Pero si no fuere agradable á sus ojos, estoy á lo que disponga: haga de mí lo que fuere de su mayor agrado..... Voy á ocultarme en los campos del Desierto, hasta tanto que me enviéis otras noticias del estado de las cosas.” El pueblo, enternecido, seguia sollozando á su triste señor, cubierta la cabeza en señal de dolor. En esas grandes catástrofes que hacen bambolear ó caer el sòlio de los reyes, la fidelidad pura parece reconcentrar mas su energía; y no pudiendo contenerse en los límites ordinarios, estalla con todas las señales de un afecto filial. Entónces se conocen las almas íntegras y magnánimas, y el infortunado monarca, huyendo tal vez como un proscrito, tal vez se halle rodeado de mas amigos que el usurpador, rodeado con el vano oropel y con la versátil muchedumbre de sus interesados adoradores. Lo que mas afectó á David fué el saber

que el hábil Aquitofel era otro de los conjurados. Entónces se volvió de repente á aquel cuyo consejo deshacé los consejos temerarios de los hombres, y exclamó: «¡Oh Señor! desconcierta, te ruego, los consejos de Aquitofel.” Y no fué vana la súplica por cierto, pues Cusaí, el araquita, fué otro de los que se presentaron al aflijido monarca con el vestido rasgado y la cabeza cubierta de polvo, y el rey apeló á su astucia, para que volviendo á la ciudad y finjiéndose sectario del rebelde, desbaratase con su astucia los planes del viejo y rebelado ministro.

En efecto, Absalon, que habia avanzado rápidamente sobre Jerusalem, entró sin resistencia en la ciudad al mismo tiempo que Cusaí, que habia tomado sobre sí con el mayor gusto el cargo de desconcertar los proyectos de Aquitofel. David en su destierro encontró mezclado la fidelidad con la perfidia como todos los desgraciados, y miéntras que Siba le presenta dos animales cargados de comestibles para alivio del rey y de los que le seguian, un pariente de Saul, llamado Semei, le carga de imprecaciones y le apedrea. «Anda, le dice, anda, hombre sanguinario, hijo de Belial: ahora te ha dado el Señor el pago de toda la sangre derramada de la casa de Saul: ya que tú le usurpaste el reino, el Señor le ha pasado á manos de tu hijo Absalon, y las desgracias mira cómo te oprimen por haber sido un sanguinario.” El bravo Abisaí no podia contenerse al ver la audacia del insolente Semei, y corria á hacerle enmudecer para siempre. Pero David, reconociendo en aquel hombre descarado un instrumento de la justicia del cielo, contuvo al arrebatado jóven y le dijo: «Déjale maldecir, ya que el Señor así lo ha dispuesto; y ¿quién osará pedirle razon de sus designios? Y cuando un hijo mio, nacido de mis entrañas, anda tras de quitarme la vida, ¿qué mucho me trate así ahora un hijo de Jemini? Tal vez el Señor se apiadará de mí, y me volverá bienes por las maldiciones que ahora recibo.” David prosiguió, pues, su camino, acompañado de los suyos, miéntras Semei continuaba insultándolo y levantando polvo, hasta que llegaron fatigados todos á Bahurim, en donde tomaron algun descanso.

Oigamos ahora por un momento los acentos del rey perseguido, lamentándose de la rebeldía de su hijo y de la traición de Agitofel.

Escúchame, Dios mio,
Oye la fervorosa
Oración y clamores con que enciende
Mi pecho el aire frío:
Merezcan tu amorosa
Benignidad; escúchame y atiende:
Sin término se extiende
Mi triste pensamiento:
Tráeme conturbado
La fuerza del malvado,
De sus tropas el grito turbulento,
Los males que me achacan,
Sus iras contra mí, que no se aplacan.

Apénas en el pecho
El corazón palpita
Del horror de la muerte fatigado:
Vacilante y deshecho
El ánimo se agita
De tristes sombras rodeado.
Y digo: en tal estado
¿Quién las alas me diera
Con su vuelo toma
La cándida paloma,
Y con ellas distante de aquí huyera,
Y al desierto volara,
Donde libre y seguro descansara?

Y allí al que en medio tanto
Y tempestad tan dura
Puede solo librarme, esperaría.
Tú, Señor, entretanto

La ruina apresura
De los malos, confunde su osadía.
¡Ay triste ciudad mía,
De la maligna y ciega
Discordia apoderada!
Día y noche cercada
De maldades, el muro les entrega,
Y abre puerta al engaño,
A la injusticia, usura, robo y daño.

Si enemigo entendiese
Ser quien me maldijera,
Con mas facilidad lo tolerara:
Si odioso me creyese
Para el que tal hiciera,
Huyera acaso de él, y me apartara:
Mas, ¿tú, que con tan rara
Concordia me seguías,
Mi caudillo valiente,
Mi íntimo confidente
Que conmigo á la mesa el pan comías,
Y en el templo conmigo
Fuiste el mas llegado, el mas amigo?

La muerte los sorprenda,
La tierra los devore
Vivos, con las maldades inquinada
De su infame vivienda;
Mientras yo fiel adoro
Al Señor, y le clame, y mi cuitada
Alma sea salvada,
Sus glorias en oscura
Noche y en claro día
Cantaré, y la voz mía
Oír sé dignará, que en paz segura
Le plugo defenderme

De millares que vengan á ofenderme.
 Oirá mi voz y luego
 Humillará su altivo
 Orgullo el que ántes de los siglos era.
 Obstnados en ciego
 Furor, ni aun al Dios vivo
 Temen, por mas que extienda su severa
 Mano, y herirlos quiera.
 Rompieron su alianza,
 Y huyendo dispersados,
 De su ira acosados,
 Los persiguen en la faga y los alcanza:
 Cobardes, alevosos,
 Lenguas blandas y pechos venenosos.

Pero deja, alma mía,
 Deja á Dios el cuidado
 De tu prosperidad ó desventura,
 Y firme en él confía,
 Que te dará colmado
 Sustento bien cumplido, y paz segura.
 No para siempre dura
 El riesgo en que se mira
 Alguna vez el justo,
 Ni el pavoroso susto.
 Y al fin, arroje, oh Dios, tu justa ira
 Al impío de este suelo
 Al abismo que cubre eterno duelo.

En fin, de su carrera
 El hombre sanguinario,
 Alevoso y falsario,
 No llega á la mitad, sin que ántes muera;
 Mas yo de tí confío
 Ser mas feliz, oh Dios y Señor mio.

Luego de haber llegado en Jerusalem Absalon y sus conjurados, se celebró consejo entre los gefes de la conjuración. Aquitofel pertenecía á esta escuela política para la cual el buen éxito de una empresa lleva en sí mismo su justificación; esto es, que el fin justifica los medios; escuela muy particularmente hábil y fecunda en recursos, porque no retrocede delante de los crímenes y prescinde enteramente del orden moral fijándose únicamente en el orden de la conveniencia. Política funesta que desterrando del manejo de los negocios públicos toda idea de virtud y de decoro, prepara en la region elevada de los hombres de estado los principios disolventes del mas refinado egoismo, que comunicándose despues á las masas, produce las convulsiones, los sacudimientos y los trastornos. Pretendia, pues, Aquitofel que habia dos partidos que tomar para afirmar lo revolución operada: por de pronto comprometer gravemente á Absalon á los ojos de su padre, á fin de que no quedase á los partidarios del primero ninguna esperanza de reconciliación; y en seguida marchar inmediatamente contra el rey, desconcertado ya, dispersar su ejército mal ordenado, y hacer llegar el golpe hasta su misma persona. Este dictámen prevaleció en cuanto al primer punto, por un cálculo de detestable política; Absalon abusó públicamente de las mujeres de David, pues no podia llegar á mas imperdonable ultraje; al modo que en las discordias civiles vemos á los que dan impulso á la revuelta cómo se afanan en interponer entre los dos partidos algun atentado imperdonable como un muro de separación. Y esta era al mismo tiempo la pena del talion que anunció á David el profeta Nathan: "Tú pecaste en secreto; yo empero dejaré que te insulten á la faz de los cielos." Los excesos de la libertad humana se hacen de este modo los instrumentos de la justicia divina; porque el mal lucha contra el plan de la Providencia, sin por esto vencerle; y cuando se cree el árbitro, solo porque ha logrado trastornar de él algunas líneas, entónces es cabalmente el momento en que la obra inmortal deja traslucir, y ostenta asombrosamente al través de aquellas hendiduras impotentes hechas

por la débil mano del hombre, la riqueza infinita de todos sus aspectos, y la belleza de sus proporciones ántes no conocidas.

Si se hubiese adoptado la segunda medida propuesta por Aquitofel, David y su partido sucumbian sin remedio. Pero Cusaí, íntimo amigo del rey, y que para servirle habia aparentado abrazar la causa de los rebeldes, dió el consejo de reunir fuerzas imponentes ántes de apresurar la postrera necesidad de vencer ó morir, ya sea para David, tan feliz en los combates, ya para los valientes que se habian unido á su suerte: pues, segun su dictámen, un solo revés, muy posible en aquellas circunstancias, hubiera perdido para siempre la causa, débil todavía, de Absalon. Prevaleció, pues, este parecer; y David, secretamente advertido de que se le dejaba tiempo, pasó el Jordan para escapar de una sorpresa del enemigo.

Es digna de recordarse la manera con que los dos opuestos consejeros emitieron su dictámen en el consejo. "Me esojeré diez mil hombres, habia dicho Aquitofel, y partiré esta noche á perseguir á David, y echándome sobre él, miéntras estarán todos rendidos de fatiga y desmayados, le derrotaré; y luego de puesta en fuga toda la gente que consigo tiene, quedará el rey sin amparo, y acabaré con él. Y con esto, conduciré otra vez á toda aquella gente, como se hace volver á un hombre solo, por cuanto tú no buscas sino una sola persona; y muerta ésta, el pueblo quedará en paz." La prudencia humana no podia concebir mas acertado consejo: la consumacion del crimen no podia tener mas acertado defensor. Tanto Absalon como los ancianos todos de Israel, no pudieron dejar de aprobar la propuesta del tan hábil como malvado consejero. Pero Dios, que por medios no conocidos suele burlar las torcidas miras de la prudencia humana, inspiró al mismo Absalon la idea de oír, ántes de decidirse, el parecer de Cusaí de Araqui, que gozaba de no ménos crédito en Israel por su sensatez y perspicacia. Puesto el recién llamado mensajero en medio de la asamblea, luchar debia contra un dictámen que habia merecido la general aprobacion, y que en

su interior no podia dejar de reconocer por el mas acertado para asegurar la ruina del perseguido monarca. Pero para salvarle debia oponerse al dictámen de Aquitofel, y para desconcertarle debia apelar á una elocuencia especiosa y deslumbradora que arrastrase tras de sí, é hiciese mudar los ánimos de la asamblea. La arenga, pues, de Cusaí es mas animada, sus imágenes mas vivas, la expresion mas enérgica. "Por esta vez, dijo, no me parece el mejor el consejo de Aquitofel." Esta salvedad era muy oportuna, por no parecer que chocaba directamente con su diestro competidor. "No ignoras, añadió dirijiéndose á Absalon, que tu padre y la gente que le sigue son hombres de valor é intrepidez. A este valor reunen ahora la fuerza terrible de la desesperacion, al modo de una osa embravecida en un bosque cuando le han robado sus cachorros. Tu padre, sobre todo, es aguerrido, y no se detendrá con su gente. A estas horas se hallará tal vez escondido en la profundidad de alguna cueva ó en otro lugar oculto que habrá escogido: y si al primer choque cayere alguno de los nuestros, se publicará por todas partes, que el ejército que sigue el partido de Absalon ha sido derrotado; y con esta voz los mas valientes de los tuyos, cuyo pecho es como de leon, desmayarán de temor, pues sabe todo Israel que tu padre es un varon esforzado, y que son hombres de valor los que le siguen." Con este preámbulo logró debilitar la impresion que habia causado en los ánimos el consejo de Aquitofel, presentando muy dudoso el resultado del primer choque con gentes de valor y desesperadas, y entró despues á ofrecer su dictámen como mas prudente y ménos arriesgado. "Por lo expuesto, me parece mejor este consejo: Reúnase con tigo todo el pueblo de Israel, desde Dan hasta Bersabé, muchedumbre innumerable como las arenas del mar, y tú te pondrás en medio de todos. Y nos echaremos sobre David donde quiera que le hallemos, y le cubriremos y abrumaremos como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni uno siquiera de los que le siguen. Y en caso de buscar un asilo en alguna ciudad, la ceñirá todo Israel con ma-

romas, y la arrastrará hasta el torrente, de manera que no quedará de ella una pequeña piedra." Con esta hipérbole, que tan al vivo pinta el orgullo militar, y tan propia es del lenguaje de los orientales, concluyó el hábil consejero su discurso, que logró sorprender el ánimo de Absalon y el de todos los ancianos. Viendo el viejo ministro de Israel que el consejo de Cusaí prevalecía sobre el suyo, furioso, abochornado, y previendo sin duda una inminente ruina, puso fin á sus dias de un modo horrible. Partió para su patria, y se suicidó ahorcándose, y fué sepultado en el sepulcro de su padre. Absalon reunió entretanto numerosas tropas y salió en persecucion de su padre mas allá del Jordan, seguido de todo Israel. Llegó David á los campamentos y recibió desde luego una hospitalidad generosa y abundancia de socorros para él y su gente. Halláronse los dos ejércitos frente á frente, y era ya inevitable una batalla. Pasó David revista de sus tropas, y dió á Joab el mando del tercio de su ejército, queriendo partir con los suyos el peligro del combate; pero estos no lo consintieron. "De ningún modo debes venir con nosotros; le dijeron, pues aun cuando los enemigos nos pusiesen en fuga, no sería mucho su triunfo, ni aunque pereciera la mitad de nosotros podrán quedar muy satisfechos; porque tú solo vales como diez mil. Así, mejor es que quedes en la ciudad para poder socorrernos."—"Haré lo que mejor os pareciere," respondió el monarca. Púsose, pues, en la puerta de la ciudad ó fortaleza de Mahanaim, y mientras que el ejército iba desfilando en cuerpos de asiento y de á mil hombres para colocarse en orden de batalla, recomendó á los caudillos: "¡Conservadme á mi hijo Absalon!" Y todo el ejército le oyó repetir con emocion el nombre de su hijo. Aquel corazón paternal se estremecía con solo la idea de la muerte de su hijo, y la victoria le hacía temblar mas que la derrota, si debía comprarse con la pérdida de Absalon, de aquel hijo rebelde y obcecado que agrupaba allí contra la vida de su padre todas las fuerzas de Israel.

Dióse, pues, la batalla en los bosques de Efraim, y el ejército

de Israel fué derrotado por las tropas de David. Absalon succumbió: la mortandad fué espantosa: veinte mil hombres quedaron tendidos en el campo, y los restantes se desparramaron por todo aquel país, y fueron aun muchos mas los que perecieron huyendo por el bosque, que los que murieron al filo de la espada. El mismo Absalon, arrastrado por los fugitivos, y montado en un mulo, se encontró con la gente de David, y atravesando la selva en precipitada huida, metiéndose el mulo debajo de una poblada encina, se le enredó en sus ramas su larga cabellera, y pasando adelante el mulo, quedó lastimosamente colgado, haciendo vanos esfuerzos para desprenderse. Un soldado del ejército vencedor, que le vió en situacion tan desesperada, informó de ello á Joab, el cual le dijo: "Si así le viste, ¿cómo no le traspasaste á cuchilladas, y te habria yo dado diez sielos de plata y un tahalí?" El soldado hizo presente á su general las estrechas órdenes y la recomendacion de David: Aun cuando pusieras en mis manos mil monedas de plata, no extenderia yo mi mano contra el hijo del rey, pues todos nosotros hemos oido de boca de éste aquellas palabras: Conservadme á mi hijo Absalon."—"No será, pues, como tú dices, replicó Joab, yo mismo lo he de traspasar á tu presencia." Cojió, pues tres dardos, y clavólos en el pecho de Absalon, y como palpitase todavía colgado de la encina, acudieron corriendo diez jóvenes, escleros de Joab, y le acabaron de dar la muerte. Al punto Joab hizo tocar la trompeta, y contuvo al ejército para que no persiguiese mas á Israel, que iba huyendo, pues queria perdonar á la muchedumbre.

Entretanto el rey, sentado entre las dos puertas de la ciudad, aguardaba con toda la ansiedad del amor paternal, el resultado de esta fatal jornada. Y el centinela apostado encima de la puerta sobre la muralla, anunció la llegada de un correo. "Si viene un hombre solo, dijo el rey, serán buenas nuevas las que trae." Y al momento se divisó un segundo correo que tambien venia solo. "Buenas son las nuevas," añadió el rey. De tan léjos como pudo gritó el mensajero: ¡Victoria! Y postrado profundamente delan-

te del rey, exclamó: "¡Bendito el Señor, Dios tuyo que ha entregado en tus manos á los que se habian sublevado contra el rey, mi señor!" Preguntó el rey: "¿Está vivo mi hijo Absalon?" Respondióle el mensajero: "Cuando Joab tu siervo me envió á tí, oh rey, he visto levantarse un gran tumulto: no sé otra cosa." Llegó el segundo mensajero llamado Cusí y dijo: "Albricias, rey señor mio: el Señor ha fallado hoy á tu favor, contra el poder de todos cuantos se rebelaron contra tí."—"¿Y mi hijo ha sobrevivido?" La respuesta fué siniestra, á la par que decisiva y respetuosa: "Tengan la suerte de ese jóven los enemigos del rey, mi señor, y cuanto se levanten contra él para dañarle." El desgraciado padre, dando dolorosos gritos y derramando amargo llanto, subió á encerrarse en el aposento que estaba sobre las puertas de de la ciudad, en donde redobló sus profundos gemidos con nuevas lágrimas, sin dar tregua alguna á su dolor. "¡Hijo mio Absalon, exclamaba, Absalon, hijo mio! ¡Quién me diera, Absalon, hijo mio, comprar tu vida con la mía! ¡Oh hijo mio Absalon!" Y repetía estas palabras para alimentar su dolor, á la manera que se vuelve á meter el hierro dentro de una llaga para encontrarla mas. Es propio de las grandes afecciones de desconsuelo el buscar un alimento en sus mismas heridas: esos sacudimientos inmensos de la sensibilidad, parecen evocar incesantemente lo que les fué querido como una sombra amiga para eternizar el sentimiento de su pérdida, teniéndola siempre presente en el corazón; pues rehusan todo otro género de consuelo, y viven y se alimentan de su desesperacion, única cosa que les queda del objeto perdido.

El desdichado Absalon, traspasado con tres dardos, y acabado de matar por los escuderos de Joab en medio de su postreras palpitaciones, fué enterrado en el centro del bosque y en un hoyo profundo que se cubrió con un monton de piedras, como para lapidar al parricida. Durante su vida, Absalon se habia hecho construir una especie de columna fúnebre en el valle de Josafat, que separa Jerusalem del monte de los Olivos. En este lugar se advierte todavía un monumento que sin duda habrá reemplazado al

antiguo, y que se llama asimismo el sepulcro de Absalon. Está cortado en roca viva, pero no se desprende de ella lo bastante que permita dar la vuelta al rededor. Presenta por cada lado cuatro columnas de órden dórico, levantadas en sus tres cuartos en el grueso del sepulcro, elevado en pirámide y terminado por un ornato que se asemeja bastante á un birrete frigio. Distinguese este monumento con algunos otros de todas aquellas piedras tumularias, que los cultos cristiano, judío y mahometano, llevan al valle de Josafat. En aquel lugar duermen, colocados en estrechas filas, cenizas que parecen haber querido encontrarse de antemano en el puesto aplazado de la resurreccion general y del último juicio; porque, segun la tradicion religiosa, en aquel lugar, cubierto de un santo horror como de un manto lúgubre, será donde de los cuatro vientos del cielo vendrán y se reunirán las legiones de los muertos, convocados por la trompeta de los ángeles, y se tendrán los postreros debates del género humano.

En la afliccion inmensa que oprimia el alma de David durante la criminal rebelion de su hijo, y en los azarosos momentos de persecucion y de angustia en que se halló durante aquel amargo periodo, no podia dejar de desahogarse y buscar consuelo á la presencia del Señor, por medio de aquellos sublimes cánticos que, salidos del fondo del corazón, exhalaban sus lábios al compas de la melodía del dolor. Varios son los salmos que se le atribuyen durante la persecucion de su hijo. Nosotros escojerémos el 108, que en sentido literal, es una imprecacion contra Aquitofel y de mas partidarios de Absalon, y en sentido figurado es una imprecacion contra el discípulo traidor y los perseguidores de Jesucristo, siendo en uno y en otro sentido una profecía enérgica en forma de imprecacion.

Esta vez hemos preferido la paráfrasis en prosa, en obsequio de la variedad; paráfrasis que, á excepcion del metro, conserva en toda su belleza y energía todas las formas poéticas.

"Testificad, Dios mio, mi inocencia, porque un perverso, un impostor, abriendo sus dolosos lábios se ha desbocado contra mí.

Me han infamado y hecho odioso á las sangrientas calumnias que han sembrado contra mí por todas partes, persiguiéndome sin causa.

Me han desacreditado los que debían amarme: y yo, Señor, os he rogado por ellos.

Me han vuelto mal por bien, correspondiendo á mi amor sincero con ódio implacable.

Caiga en poder de los malos el pérfido traidor que me ha entregado, y el diablo esté á su diestra para acelerar su perdición.

Cuando parezca en juicio, sea condenado: y si se atreve á hablar en su defensa, téngasele por un nuevo delito.

Acórtensele sus días y deje á otro el puesto que ocupa.

Muera con el dolor de dejar viuda á su esposa y huérfanos sus hijos.

Anden éstos errantes y vagabundos: véanse reducidos á la mendiguez y arrojados de su casa y sus hogares.

Consuman los usureros toda su hacienda: saqueen y roben los extraños todo el fruto de sus trabajos y fatigas.

Abandónele en vida todo el mundo y despues de su muerte no hallen sus hijos quien se compadezca de ellos.

Arrebáteles la muerte, ántes que pase á la segunda generacion el nombre de sus padres.

Manténgase irritada la ira divina contra un hijo tan perverso, con el recuerdo continuo de las iniquidades de sus padres, y con la imájen viva de los pecados de su madre.

Estén presentes siempre á los ojos del Señor sus iniquidades, y perezca su memoria, juntamente con aquel hijo ingrato y cruel que ninguna compasion tiene de mis males.

Antes bien me persigue, y pretende quitarme la vida, viéndome privado de todo socorro y oprimido de dolor.

Quiso merecer con su delito la maldicion del Señor, y caerá sobre él: renunció las bendiciones del cielo, y será privado de ellas.

El mismo se ha vestido de la maldicion de Dios, que ha entra-

do en él como la agua se infiltra en la tierra, y ha penetrado en sus huesos como el aceite penetra por todas partes.

Llévela siempre sobre sí como vestido que le cubra, y como faja que le rodea y le ciñe.

Sea este el premio que dé la justicia divina á los que me calumnian, y anhelan quitarme la vida formando malignos discursos contra mí.

Miéntas maquinan mi perdicion, vos, Señor Dios mio, favorecedme con la gloria de vuestro nombre, con vuestra benigna misericordia.

Mirad que estoy desamparado y desvalido, mi corazon entristecido y sobresaltado, y así venid á librarme.

Mi subsistencia es como la sombra de la tarde, como la langosta que no puede resistir al menor golpe.

Tan enflaquecidas estan mis rodillas del ayuno, que apenas puedo sostenerme: he cuidado tan poco de mi cuerpo, que de puro flaco y vacilante estoy desfigurado.

Estoy hecho la irrision de mis enemigos, que viendo los males que padezco, me escarnecen con meneos de cabeza.

Señor Dios mio, amparadme, seguid los impulsos de vuestra misericordia, y sacadme de este miserable estado.

Reconozcan mis perseguidores en mi libertad el poder de vuestro brazo, y sepan, Señor, que vos sois el autor de ella.

Miéntas ellos me maldicen, vos me colmareis de bendiciones, y confundiendo á estos rebeldes, consolareis á vuestro siervo.

Sean mis calumniadores como revestidos de infamia: sean cubiertos de confusion como de un manto pesado que los oprima.

Pero yo, agradecido al Señor, le bendeciré millares de veces, y cantaré sus alabanzas en medio de un gran concurso.

Porque cuando me abandonaba todo el mundo, él me asistió para ponerme en salvo de mis perseguidores."

Ved ahí, despues de los suspiros de la opresion y del dolor, el himno del triunfo y de la accion de gracias. El corazon del monarca de Israel es grande en el infortunio y grande en la prosperidad.

ridad, porque siempre se dirige á Dios, y su arpa es tan celeste cuando acompaña sus gemidos, como cuando hace mas dulces sus santas alegrías.

“Siempre así lo he creído,
Y siempre así lo he dicho y confesado:
Nunca tan abatido
Me ví jamás: y dije arrebatado:
Todo hombre es engañoso,
Casi fuera de mí con la alegría
De verme en tal reposo
Ya seguro. Al Señor en este día,
Que tanto bien me ha hecho,
¿Qué le podrá ofrecer en sacrificio
Mi fiel y grato pecho?
Del cáliz libaré, donde propicio,
La salud me prepara,
Invocando su nombre soberano.
Los votos que formara
En la tribulacion, hechos en vano
No serán; y cumplidos
Su pueblo los verá; pues de tal precio
Es de sus escogidos
Para el Señor la muerte. Ya me precio,
Señor, de ser tu esclavo,
Que tu esclava en su seno ha concebido.
Tú rompistes el clavo
De la cadena en que gemí con fiera
Injusta servidumbre:
A tí ofrezco la hostia de alabanza
Ante la muchedumbre
De su pueblo al Señor, mi confianza
En su nombre poniendo,
Presentará en sus átrios mis ofrendas.

Los votos le cumpliendo
Que otro tiempo le hice: porque entiendas,
Jerusalem gloriosa,
Cuanto debo á su mano generosa.

Del uno al otro polo,
Oh gentes y naciones,
Oh pueblos y regiones,
Al Señor alabad.
Pues su misericordia,
Con nosotros hoy sella,
Ostentando con ella
Eterna su verdad.

Coro de David.

Gloria al Señor del cielo,
Gloria por sus bondades,
Y porque sus piedades
Interminables son.

Uno de este coro.

Cante Israel ahora
Himnos á sus bondades,
Cante que sus piedades
Interminables son.

Otro de este coro.

Publique en este día
Que duran sus piedades
Por eternas edades
La casa de Aaron.

Todo el coro.

Sus siervos hoy devotos
Digan que en las edades

Futuras sus piedades
Interminables son.

David.

Halléme rodeado
De aficcion, de dolor y de agonía:
Llamé desconsolado
Al Señor, que veía
La fiera pena mia;
Y oido el triste ruego,
De la tribulacion me sacó luego,
Y púsome en anchura
Con alegre reposo y paz segura.
El Señor me ayuda,
Ya no temeré
Males de los hombres
Que en nada los hé.

Coro.

El Señor me ayuda,
Ya despreciaré
A mis enemigos
Que en nada los hé.

David.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,
Que en el hombre flaco
Que puede faltar.

Coro.

En el Señor quiero
Mas bien esperar,

Que en príncipe humano
Que puede faltar.

David.

Mil gentes me cercaron,
Al Señor invoqué:
Valíme de su nombre
Y los escarmenté.

Coro.

El cerco me estrecharon,
Al Señor invoqué,
Valíme de su nombre
Y los escarmenté.

David.

De enjambre numeroso
Cercado me miré,
Cual zarza por el fuego
Roreado me hallé.

Coro.

Viéndome tan estrecho
Al Señor invoqué:
Valíme de su nombre
Y los escarmenté.

David.

Con impulso terrible me embistieron
Titubear me hicieron,
Y casi ya caído,
La mano del Señor me tuvo asido,
Porque no me rindiese.
El Señor fué mi fuerza en aquel día,